

C
910
A.

DG 424

A4
V.1



ES. PROPIEDAD. — 1885.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS



PINEROLO BAJO LUIS XIV



PINEROLO BAJO LUIS XIV

AL SR. CÁRLOS TOGGIA, TURIN

Pinerolo, 22 Julio 1675.

GRADEZCO en el alma tu amable car ta, que, despues de tantos meses de silencio, ha sido para mí ocasion de vivísimo placer. Te llevará ésta mía el señor Pedro Osasco, procurador de S. A. R. el Duque de Saboya; único pinerolés á quien puedo confiar una carta peligrosa, con la esperanza de que nuestros venerados amos no le metan la mano en el bolsillo. Gracias por las afectuosas preguntas acerca de la familia. Los hermanos, las hermanas, todos están sanos como manzanas. Yo tambien, merced á estos aires purísimos que víenen del monte, y no obstante lo enojoso de mi profesion, si no bueno

del todo, puedo decir al ménos que los médicos todavía no han visto de qué color es mi cama.

Aunque no me retuvieran aquí mis asuntos, permanecería igualmente, porque he echado raíces y me parece que no podría trasplantarme sin verdadero peligro. La ciudad me gusta mucho. Vista desde una altura, colocada como á la embocadura de dos bellísimos valles, al pié de los Alpes, ante una vasta llanura, salpicada por centenares de aldeas que parecen blancas islas en un mar verde é inmóvil, es la ciudad más bella del Piamonte.

Mi pobre padre solía decir que aquí, para aprender la historia de la casa de Saboya, bastaba leerla una vez sobre el tejado; mirando alrededor pueden seguirse los movimientos del ejército y las peripecias de la guerra, como sobre un mapa extendido. Pero todavía es esto más extraño; aquí puede estudiarse con igual ventaja el Nuevo Testamento porque existe una semejanza singular de situacion y contornos entre Pinerolo y Jerusalem.

Esta, como la ciudad santa, está edificada en parte sobre una altura y descende ensanchándose por la llanura: la colina de San Mauricio, es Sion; la altura de la ciudadela, el Gólgota; la montaña de Santa Brígida, el Monte Moria; y, no solamente por el sitio, sino por la forma, el valle del Lémna representa el valle de Josafat. Tambien Pinerolo tiene

hacia Levante un Monte Olivete y el torrente Chisone puede representar el Jordan. ¿Qué te parece? Tendría razon para estar aquí á gusto aunque no fuese más que por estudiar la historia patria y la historia sagrada.

*
* *
*

Pero dejemos las bromas. Contestaré á tus preguntas detalladamente, como descas. No tengo cosas muy alegres que decirte. Descartado el placer de respirar aire fresco y de admirar el país, en Pinerolo se vive miserablemente. Aun cuando no hubiera la sombra de un extranjero, la ciudad, con este cerco que la destroza de baluartes, media-lunas y contra guardias; con esa enorme ciudadela que levanta sobre la cabeza sus cinco terreones de mal agüero no podría ser alegre.

Añade ahora un gobernador general francés, un Lugar-teniente del Rey, un comandante del castillo, un Estado mayor que no se acaba jamás y una nube de oficiales y soldados de tropas móviles francesas, y dime como se puede vivir así.

Ellos nos detestan y nosotros les odiamos. Ellos nos tienen como vencidos y prisioneros y nosotros les tratamos como invasores y gendarmes. Ellos recelan en cada pinerolés un expía del Duque de Saboya y nosotros vemos en cada uno de ellos un

delator de Saint-Mars. Es imposible formarse idea de las vejaciones á que estamos sujetos. No se sale de la ciudad sin permiso del gobernador; de casa no puede salirse sino á horas determinadas; por una broma que escape de cualquier boca en la taberna, aprehenden y encarcelan á algunos; en toda maleta de viajero italiano sospechan venenos y puñales; en cada pedazo de papel ven el croquis de la fortaleza.

Cada vez que creen haber cogido á unos de esos traidores imaginarios se arma el fin del mundo; pesquisas, amenazas, correos á París, advertencias á Turin; arrojados de la ciudad los italianos que no tienen domicilio fijo, licenciados del servicio de la autoridad los piamonteses y saboyanos, visitas é indagaciones por todas partes.

Puedes estar seguro de que no se encontraría en todo Pinerolo ni mosquetes, ni pistolas aunque se pagaran á peso de oro. Naturalmente, de parte de los ciudadanos todo son lamentos y reclamaciones continuas; pero aún más naturalmente, la autoridad no se dá por entendida. Dominio abierto é impunidad por un lado, y por otro insubordinacion y venganza; bien entendido: siempre que pueden llevarse á cabo ocultamente. Duelos, matanzas, robos, que acaban con un ojal en el vientre, se ven todas las semanas.

Las *gâtés du sabre*, como ellos dicen, son ahora nuestro recreo habitual: vivimos bajo el materno régimen de la espada. Añade á esto que nuestros buenos amigos, creen tener derecho sobre nuestras mujeres, como sobre nuestros caballos. Deduce la consecuencia. ¡No puedes imaginarte con qué soberbia con qué mofa dan con la espada en las botas estos valientes galoneados del gran Señor de Versalles! Es *El* en efecto quien dá el tono á todos estos. Son groseros é ignorantes hasta el punto de hacer buenos á los montañeses de Talucco.

Para darte un ejemplo, tengo un alojado en mi casa, el Lugar-teniente De Riviere, un gran perdigon del Regimiento de Navarra, que escribe con su hermosa mano ensortijada: *Suivant lordre que j'ai recu a Pignierolle...* Hablamos, sin embargo, porque no podemos dejar de hacerlo. Martilleau siempre sobre el mismo clavo: la deslealtad de la política de Saboya. Y yo les contesto que sería ameno el que un oso blanco y un oso negro oprimiendo á un galgo para devorarlo tratasen de desleales las vueltas que este diera en medio, para dejar en ayunas á ámbos.

* * *

Nos encontramos aquí en condicion de cosa única en el mundo. Dentro del perímetro de murallas existen dos ciudades. La ciudadela, con sus prisiones y compañía francesa, separada enteramente de Pinerolo. Sus puentes levadizos, siempre alzados, no caen más que para dejar entrar las provisiones de boca y los correos. Saint-Mars, que en su cualidad de gobernador del castillo, debería estar por debajo del marqués de Herleville, gobernador general de la ciudad, hace su santa voluntad como verdadero soberano. Entre ellos, pues, se miran con enojo, y aun creo que cada cual tenga su espía al lado del otro y que Louvois, desde París, les haga espíar á ambos.

De esto se sigue que la ciudadela es un pequeño mundo aparte, objeto de contínuas preocupaciones no ménos por parte de la guarnicion que de los pinerolese. Los oficiales, los viajeros, los campesinos pasan junto á aquellas altas murallas impenetrables, devorados por la curiosidad, fantaseando, porque no pueden hacer otra cosa, sobre misteriosos prisio-

meros y extraños sucesos que allí se deben ocultar; tanto que acaban por hablar de las cosas imaginadas como de cosas reales y verdaderas.

Quién haya dentro, nadie lo sabe con certeza, excepción hecha del intendente Fouquet, de su ordenanza, el famoso Eustaquio Dager, del más famoso conde de Lauzun y de dos oficiales de artillería franceses de los cuales todavía no se ha logrado descubrir ni el delito ni el nombre. Pero se cree que los prisioneros sean muchos. A cada paso llega uno, de noche, escoltado por un destacamento de la compañía franca, y lo introducen en la ciudadela sin atravesar la ciudad, haciéndolo pasar por la puerta secreta de San Jáime á la que se llega por una senda siniestra que serpentea entre la plazuela de Santa Brígida y la de Sault.

Actualmente se habla todavía mucho de un desconocido conducido allí arriba en Abril del año pasado, con gran secreto, una noche de lluvia, en medio de un escuadrón de caballeros mandados por el Lugarteniente Saint-Martin, y encerrado, según dicen, en la torre llamada baja que es la del centro del castillo y la más tétrica de las cinco. Cuentan que fué llevado en litera, que venía de Lyon y que llevaba sobre el rostro una *máscara de hierro*. Quién, cree que sea el conde de Beaufort, otro quiere que sea el hijo de Cromwell. ¡Las acostumbradas chácharas!

En cuanto á mí, cuando pienso en los muchos bribones vulgares que pasan por grandes personajes, porque fueron llevados allá arriba y encerrados en jaulas como tigres feroces, ó en estuches como princesas robadas; disfrazados, tapados, como si el descubrimiento de sus personas debiese conmover el mundo. Paréceme cosa muy probable que también este reciénvenido no sea más que un malhechor común, como quien dice, el jefe de una de las cien conjuraciones que se van descubriendo á cada paso, ó un envenenador de corte ó un simple caballero que ha dicho cuatro verdades desnudas á su majestad el Rey de Francia.

De cualquier modo que sea, todas las miradas y todos los pensamientos se dirigen al castillo. De diez pineroleses, yo creo que siete lo sueñan todas las noches. Quién será el nuevo confesor concedido á los prisioneros por el Rey; cuánto ha gastado el gobierno durante el mes anterior en las cuentas de Fouquet; qué secretos ha dejado escapar de su boca en el último viaje, aquel grande hombre D'Artagnan y qué habrá venido á artillar el desconocido personaje á quien se vió salir dos días atrás de casa del Gobernador; motivos son de cuchicheos interminables, acertijos maravillosos en los que, centenares de personas torturan su inteligencia, de la mañana á la noche, no teniendo otra cosa que hacer.

La curiosidad es tan susceptible, que la misma marquesa de Herleville, se ha enemistado con la de Saint-Mars (una de las más hermosas y nécias criaturas que se ha visto jamás con dos ojos) por el despecho de no haber podido visitar el castillo como quería.

Saint-Mars está abrumado con tanta pregunta indiscreta y suplicante acerca de sus huéspedes y en manera especial, de la *máscara de hierro*, hasta el punto de haber tomado el partido de relatar á cada cual un cuento distinto, la primera extravagancia que se le ocurre, con la esperanza de que, confrontándolas despues y teniéndose por burlados, cesen los curiosos en sus preguntas.

Este Saint-Mars, antiguo mosquetero, soldado de fortuna, hambriento de oro como usurero, que se engulle la friolera de 150.000 francos anuales, aparte de lo que puede pellizcar en la administracion, pequeño, inculto, con hocico de mono, siempre nublado como el mal tiempo, irascible y blasfemo como un carretero uña y carne de Louvois por parte de la hermana de su mujer; es el tipo acabado del polizonte y del carcelero, á quien Dios confunda.

No se ausenta un día al año de su prebenda, vela sobre los centinelas desde las ventanas, registra la ropa de los prisioneros mientras duermen, y es capaz de pasar la noche sobre un árbol por descu-

brir lo que hace en su celda un desgraciado que le infunde sospecha.

Esta especie de puerco-espín, rodeado de misterio y de miedo, no es la última de las razones por las que en Paris y en la córte se habla como de un retiro extraño y casi fantástico, de esta fortaleza solitaria, colocada en el último confín del Estado, al pié de la cual, llegan, desde las salas espléndidas de Versalles, suspiros, saludos y oro de tantas hermosas á buscar amigos ó amantes.

Pero quién puede juzgársela á Saint-Mars? A los prisioneros de más entidad lleva él mismo la comida una vez al día; dos centinelas dan vueltas de noche alrededor de las torres; en los cuartos colocados sobre cada celda, duermen oficiales con los ojos abiertos; á los reclusos no les está permitido confesarse más que una vez al año, oyen misa desde una ventanilla oblicua que los oculta; y cuando se cambia la guarnicion, el relevo está organizado de manera, que los oficiales y soldados que entran no pueden cambiar una palabra, con los soldados y oficiales que salen.

¿Qué delito habrán cometido la mayor parte de aquellos infelices? Un libelo, una cancion impertinente, una broma mordaz, que hace reir furtivamente á diez cortesanos y diez damas. La cólera de un amante del Rey ó de un ministro, bastó para hacerles

enterrar en aquel sepulcro donde mueren algunos á los pocos años; y cuando la noticia de su muerte llega á París, sucede con frecuencia que quien les hizo enterrar, no se acuerda ni de su nombre ni de su culpa.

¡Ahl La justicia no tiene la mano ligera á este lado del confin: yo te lo aseguro. De vez en cuando, sobre la cima de la colina de San Mauricio, se oyen los ahullidos de los prisioneros indóciles á los cuales "aplican la disciplina." Hace días de los calabozos bajos, se han visto salir huyendo, sofocadas por los sollozos, muertas de terror y de vergüenza, tres meretrices de la ciudad, jóvenes todavía, á las cuales, no sé por qué culpa, habían cortado el cabello y herido las espaldas á latigazos. Recordaré toda la vida aquellos horribles cráneos desnudos y aquellos miserables andrajos bañados con lágrimas y sangre.

*
*
*

Respecto á Fouquet, lo siento, pero no me encuentro en estado de satisfacer tu justa curiosidad: sé solamente que en diez años que está aquí, ocupado por entero en hacer la digestión un poco laboriosa de los 36 millones del castillo de Vaux, no le ha sido todavía concedido permiso para ver á su mujer y sus hijos. Se sabe también que puede, cuando quiere, estar en compañía de Lauzun y de los oficiales de la ciudadela, y que á Saint-Mars ha permitido el Rey invitarle á comer, haciéndole saborear entre otros platos, la necesidad de su señora. Parece que se halla resignado y tranquilo.

Puedo decirte alguna cosa más del conde de Lauzun, que está confinado aquí hace cuatro años y estará todavía buen espacio de tiempo, si Dios me escucha. Desde que llegó, Saint-Mars no tiene hora buena. Le dá más que hacer esta ruina de dragon que todos los demás prisioneros juntos. Altivo, furioso, descontento de todo, grotesco como gañan, vocinglero como un prestidigitador y dado

en extremo á urdir intrigas amorosas dentro y fuera de la ciudadela, y á meter más ruido en Pinerolo que en el mismo Versailles.

Sus dos últimas amantes, la *Gran señorita* y la hermosa La Motte, dama de honor de la Reina, han derramado á espuestas el dinero para hacerle tomar el vuelo.

De tiempo en tiempo, se ven caras nuevas por la ciudad. Nos preguntamos: ¿quién son? ¿quiénes no son? De repente desaparecen como espectros. Es una tentativa de fuga que ha fracasado.

Ya cierta vez, un centinela y no sé que otro soldado habian mordido el cebo: una carta llegó hasta el conde todo estaba dispuesto para la fuga. Pero aquel satanás de Saint-Mars estaba alerta. Un embajador de la dama, descubierto, se abrió las venas; otros muchos fueron cerrados bajo llave, y el amado dragon permaneció contando las rejas de su calabozo.

Figúrate el ruido que esto haría en Pinerolo. Por mucho tiempo hubo verdadero furor de curiosidad.

Este laceria De Lauzun, despues de haber sido de todo; cortesano hipócrita, cazador de grandes dotes, jugador sospechoso, aficionado á la crápula, maldiciente, envidioso, villano con las mujeres é insolente con su rey, ha conseguido todavía hacerse un pequeño paraíso en su cárcel, donde solo el gasto

de su instalacion, segun se dice, llega á diez mil francos. Se dá vida de Príncipe, tiene vagilla de plata, camisas de encaje, cama de pluma, dos criados y grandes damas que lo adoran á 200 leguas de distancia. Esto se llama nacer afortunado. Se dice que está en la misma torre de Fouquet, que es la situada junto al cuarto de Saint-Mars. Pero en cuanto á su libertad, las bellas señoras de Pinerole, que dan vueltas alrededor de la ciudadela con los ojos fuera de las órbitas, todavía no han conseguido ver ni siquiera el contorno de su bella cara de hierro fundido.

*
* *

La vida intelectual de Pinerolo consiste en gran parte, en comentar los hechos y los gestos de aquellos señores, de los *merles* como les llama benigne- mente el gobernador; mucho más, después que ha- acabado la diversion de ver trabajar en las fortifica- ciones, que fueron reedificadas con grandes gastos, despues de la visita que nos hizo secretamente Vau- bán, años atrás, en compañía, creo del omnipotente Louvois.

Las familias pinerolesas se mezclan poco con los oficiales de la guarnicion. Se vá un poco de paseo por las tardes á la plaza de San Donato; pero no vá casi nadie porque atacan los nervios aquellos grandes bigotes impertinentes de los soldados de la compañía de honor, que dan guardia al palacio del gobernador y las familias de los comisarios y los otros empleados franceses que dan vueltas por la plaza, con la nariz al aire, diciendo pestes de la ciudad (*une tanière*) en alta voz.

Los oficiales de la ciudadela, alojados en el vasto jaulon, no bajan casi nunca; Saint-Mars los tiene bajo su mano, por temor de que abajo los corrom- pan. Y, en efecto, nunca se dá el caso de enviar á prender ó á acompañar fuera á un prisionero, á solda- dos y sargentos de la guarnición, ¡tanto se desconfía de ellos! No hay uno—lo ha dicho el mismo gober- nador—que enviado fuera de los muros, dejara de soltar al prisionero en medio del campo para que se escapara. ¡Así es la fidelidad del ejército del gran Rey!

Por consecuencia, cuando la ciudad no está con- movida por la llegada de algun oficial de mosquete- ros, en las horas en que la tropa reposa, despues del mediodía, Pinerolo tiene aire de cementerio. Entre los altos cuarteles y los grandes conventos silenciosos, desde la puerta de Turin á la de Francia, no se vé pasar más que algun capuchino ó penitente de la Concepcion, y no se oyen más que los rumores pro- fundos de la fundicion y del arsenal, que trabajan en daño nuestro.

Se diría que aquel maldito castillazo, con sus cin- co torres, receptáculos de dolores, que se levanta como máquina gigantesca de tortura hasta el azul y se vé de todas partes de la ciudad y de todos los ángulos de las fortificaciones, arroja por calles y

plazas el tedio de sus grises patios y la tristeza de sus nefandas celdas.

O más bien, no es el castillucho. Es aquella facha siniestra de Saint-Mars que se dibuja á cada esquina y en toda ventana. Es él, que llena la ciudad de su humor negro de esbirro sospechoso, y que lleva el compás de la vida de Pinerolo con la cadencia estridente de sus cerrojos. El mismo gobernador Herleville, siente la fúnebre influencia, y escapa á Turin siempre que puede con su graciosa marquesa—un amor—la única cosa bella que he encontrado hasta ahora en la dominacion francesa.

*
*
*

¡Oh, espléndido y querido pasado, ya tan lejano!
¿Te acuerdas, amigo Toggia?

Decir que ha sido esta, la ciudad capital del Piemonte durante el trascurso de más de un siglo, y nosotros acariciados, colmados de privilegios; que aquí nacian y eran enterrados nuestros príncipes; que entre nosotros se festejaba á Reyes y Emperadores; que contábamos una poblacion de gran ciudad, con 14.000 operarios, con un valiente ejército nuestro; que las murallas con torreones se extendian por varias millas desde Monte-Olivete á la Abadía; que mandábamos nuestras lanas hasta Oriente; que acogiamos los embajadores de Nápoles, Milán, Venecia, Hungría, Viena, del Papa y Diputados de todas las ciudades del Piemonte, cortejos de los marqueses de Saluzzo y Monferrato, alegres visitas de los Condes de Saboya y regresos triunfales de los príncipes de Acaia; y que por estos caminos subian á caballo las bellas esposas rubias vestida

de brocado de oro, bajo el corpiño de raso blanco, en medio de los barones vasallos resplandecientes de acero y á los señores del consejo, vestidos con mantos purpúreos, sobre un terreno cubierto de mirtos y de rosas!

¡Y ahora tenemos á Saint-Mars! ¡Y yo tengo el tinete de Saint-Mars!

¡Qué caída, injusto cielo!

*
*
*

Si quiero vivir, querido, es preciso que no piense que esto dura ya cuarenta y cuatro años. Desde el año en que nací, ni más ni ménos; porque yo vine al mundo en el mismo año en que aquel majadero Conde de Scalenghe, despúes de dos dias de tremolina, cedía Pinerolo al Cardenal Richelieu, haciendo bajar las armas á 400 hijos de estos valles y 300 hombres de milicia que hubieran podido salvar al Piamonte. ¡Ah! si resucitase Manuel Filiberto, alma valiente la suya!..

—El Rey tiene necesidad de tener un pié al lado de acá de los Alpes.—Quiero repetirme esta baladronada del Lugar-teniente Riviere. Pues bien; necesitábamos un Duque de Saboya que respondiese al Rey como contestó aquel soldado:—Estamos de acuerdo; con tal que ese pié sea el mio.

Pero ¿qué podíamos esperar de Carlos Manuel II que se dejaba pisar los callos todos los dias

por los Embajadores franceses por el puesto en el banquete ó por el palco en el Teatro? Arrancó á los dominios de Ginebra, de Vaud, de Friburgo, de Lausana, limosnas de pedazos de tierra para todas las córtes de Europa, mandó Regimientos á dejar los huesos por el Rey en Flandes, trabó lucha con Génova para hacer aquella linda figura que sabemos, empeñándose en agujerear la colina de Tenda; y no pensó en librar á Pinerolo que es el bocado con que Francia tendrá, siempre bajo su dominio, á la casa de Saboya. ¡Más le valiera haber hecho buenos versos como su abuelo!

Ahora, nosotros no esperamos más que una especie de dilavio universal, vasta y terrible guerra que conmueva á Europa derrocando esta gigantesca barraca dorada de la Monarquía francesa. De cualquier modo que termine la cosa, podemos estar seguros por otro lado de que la primer contienda, ó sea, las bombas, las minas, la devastacion y el hambre será para nosotros. Ese ha sido siempre nuestro destino. Tenemos el honor de ser la llave del valle de Chisone, una de las puertas de Italia; y ¡ve tú dónde han escondido esta llave!

¡Pobre Pinerolo! Desde la segunda guerra púnica en adelante, quien ha habitado este país no

ha gozado jamás diez años de santa paz. Romanos y Cartagineses, Galos y Sarracenos, Godos y Ostrogodos, Longobardos y Suizos, Tudescos y Españoles, Franceses y Valdenses y Marqueses y Antecristos se han desencadenado sobre nuestros cuatro campos y sobre nuestras cuatro piedras, como si esto fuese un circo hecho á propósito por Dios para que todos los pueblos de la tierra vengan á romperse el cráneo.

Por todos lados donde se remueve la tierra, aparecen tñbias, cascos rotos y armas enmohecidas. ¡Qué espectáculo, Dios mio, si salieran vivos por campos y colinas todos los soldados que allí combatieron, desde los nómidas de Annibal, hasta los alabarderos de Francisco I!

Sería la bendita ocasion de ver á Saint-Mars espantado y sin peluca, precipitarse desde la Torre del Diablo en el foso de la ciudadela.



Esto no obstante, como ya te he dicho, yo encuentro manera de vivir tranquilamente, gracias al mucho trabajo y á la mucha lectura.

Mi recreo más grato es un paseo que hago todas las tardes hácia poniente, con las poesías de Chiabrera entre las manos: un ejemplar precioso, anotado en las márgenes, que fué regalado por el poeta mismo al Marqués de Caluso cuando fué á la córte del primer Carlos Manuel.

Me marchó cerca del Polvorin donde habito, atraveso la ciudad baja, subo de nuevo poco á poco por los torreones de Villeroy y de Richelieu, doy vuelta al torreón de la córte y voy á hacer regularmente, una visita al castillo de nuestros Príncipes.

¿Qué veo? Aquel pobre castillo, único resto de nuestras glorias, aprisionado allí entre casuchas, con sus almenas medio derruidas y su puerta atrancada, que parece ensimismado en el pensamiento de su miseria, despierta en mí piedad y ternura á un tiempo.

Su triste silencio me hace pensar en las fiestas y los amores que lo animaron un tiempo, en las desmesuradas ambiciones que desplumaron las alas entre sus murallas, como águilas prisioneras, en las bellas princesas de Acaia que allí coquetearon, lloraron y murieron... Después de un cuarto de hora que permanezco allí, me parece escuchar el paso precipitado de la altiva Isabel de Villehardouin, que pide su Principado perdido; veo á Catalina de Viena, con sus grandes ojos celestes, vueltos hácia la cima blanca del monte; á la desventurada Sibila del Balzo, que espira bendiciendo á su pobre Felipe, predestinado al lago de Avigliana; y aquel hermoso demonio rubio de Margarita de Beanjeu, que murmura al oído de Jaime las palabras que trastornan su razón, y á Catalina de Ginebra con talle gentil de vírgen y su adorable lunar sobre la mejilla, y á Bona de Saboya, que amortigua bajo las largas pestañas, la llama de sus ojos llenos de amor.

¡Oh! Si se asomáran todas á un tiempo á aquellas arqueadas ventanas y viesen ondear sobre la ciudadela la bandera de Versalles, ¡cómo enrojecerían de despecho desde la garganta á la diadema, y cómo romperían sobre el alcázar sus enojados abanicos!

Y despues de creerme feliz con este sueño, voy arriba hácia el viejo cuartel, doy una ojeada al castillo, y por San Mauricio y el torreón de Schomberg, inclinando la cabeza sobre el Chiabre-
ra, cuando veo de lejos el tricornio de un espadachin francés, me vuelvo á casa tranquilamente consolado con el pensamiento de que ha pasado otro día de dominacion extranjera.

Este hocico de mona de Saint-Mars, ha extendido una sábana de plomo sobre Pinerolo; pero no ha conseguido todavía oscurecer la belleza sin par de sus noches de luna. Por esto al volver á mi casa, subo casi siempre á la azotea para gozar la vista de los alrededores. Las casas que blanquean sobre la colina, todas aquellas torres negras que se destacan del cielo límpido y profundo, la ciudad de Saluzzo que aparece como láctea mancha, más acá de la faja brillante del Pó y la roca de Cavour, que se levanta solitaria en la llanura como fragmento enorme de asteroide precipitado del cielo, y la cima de los Alpes plateados.

Este espectáculo inmenso y tranquilo, en el que se oye la voz sonora del Lémina que habla de glorias muertas, me tiene clavado una hora con la boca abierta. Y si alguna vez me asalta

un acceso de tristeza al ver á pocos pasos aquella garganta desmesuradamente abierta del valle de Finestrella, que ha vomitado sobre nosotros tanto hierro y tanta desventura, entonces me vuelvo hácia la parte Turín, donde brilla la esperanza de un porvenir mejor que el pasado y el presente, y mi corazón cobra alientos.

Adios. Ha sonado media noche. Oigo que pasa una patrulla por la calle y reconozco á la luz de la luna el perfil pedantesco de este flacucho Riviere.

Como disputamos ayer acerca de la cuestion de Casale, es capaz, viendo la luz encendida, de venir á cogerme la carta. Querido, no quiero máscara de hierro. Te envío un saludo de corazón y sello fuertemente la carta.